

El
Pequeño
VAMPIR
de Joann Sfar



En:

«EL PODER DEL DRAGON»

Una producción de Fulgencio Pimentel
(e hijos) para todas las edades







El Pequeño VAMPIR

de Joann Sfar

En: "EL PODER DEL DRAGÓN"

Traducción de Rubén Lardín
y César Sánchez



fulgencio pimentel
e hijos





Prólogo

¡Mi casa no es un parque de atracciones!

—¿A qué vamos a jugar cuando vayamos esta tarde a tu casa?

La pregunta resulta especialmente agobiante cuando la persona que te la hace es el pequeño Vampir. Más que nada porque él en su casa tiene un barco pirata de tamaño real con treinta y tres cañones y un mascarón de proa que habla. Y tiene un laboratorio de cirugía experimental



con trozos de monstruos con los que se pueden fabricar criaturas innombrables que luego, si salen demasiado peligrosas, hay que disolver a toda prisa en ácido. Además, pegado a la casa hay un cementerio cuyos ocupantes resucitan al caer la noche para tocar el ukelele, contar sus peripecias y participar en campeonatos deportivos. Para

colmo, en su casa viven las criaturas del pantano, así que podremos ensuciarnos todo lo que queramos y su madre no nos reñirá (casi) nunca. Otras veces, aparecen los mortíferos enemigos del Capitán y nos toca escondernos, tenderles trampas y hacerlos fosfatina.

Así que, cuando me pregunta a qué vamos a jugar en mi casa, primero pienso: vale, algo se me ocurrirá. Porque yo también tengo de todo. Desde que me quedé huérfano, soy una especie de niño mimado: solo tengo que abrir un catálogo de juguetes, elegir lo primero que se me ocurra



y señalarlo con el dedo para que el yayo me lo compre sin rechistar. La yaya piensa que soy un consentido y que de mayor me volveré insopor-
table. Cuando dice eso, el yayo le responde: «Eso no pasará, porque el niño no es idiota». Y la yaya zanja la discusión diciendo: «Pero tú sí que eres un viejo idiota». Se hablan así porque se quie-
ren desde hace mucho tiempo. En realidad, no le dice «viejo idiota», sino «alte pots», que quiere decir más o menos lo mismo pero en yidis, y a mí siempre me ha sonado más cariñoso.



Capítulo 1
Adiós juguetes

Pero luego me pongo a hacer inventario y, por muchos caprichos que me compre el abuelo, la verdad es que no pueden competir con las locuras que tiene Vampir en su casa.

A ver, por ejemplo, yo tengo el barco pirata de Playmobil y también tengo unos rotus permanentes. Para que fueran al revés que los piratas de Astérix, se me ocurrió pintar a toda la tripulación de negro, solo dejé blanco al vigía. Con los piratas me invento aventuras en las que van a robar barriles de ron. ¡El mejor ron caribeño del mundo! Yo no he bebido ron en mi vida, igual por eso estoy seguro de que debe de estar buenísimo. Tengo también un fuerte de Lego y un delfín hinchable. Y unas figuritas de miedo que brillan

en la oscuridad. Uno tarda semanas en montarlas y en pintarlas, pero luego vale la pena. Están: la bruja, el jorobado de Notre Dame, el monstruo de Frankenstein y King Kong, que se lo presté a un imbécil de clase y me lo devolvió roto. O sea, hay que ser bestia para romper a King Kong.

Ah, bueno, también tengo un avión alemán de la Segunda Guerra Mundial, con las esvásticas en las alas. Le pedí al yayo que me lo comprara solo para ponerlo a prueba, porque toda su familia fue exterminada por los nazis y él terminó la guerra bayoneta en mano, internándose en Alemania. Pues la cara de tonto que se me quedó en la juguetería cuando agarré la caja y le pregunté: «Yayo, ¿podemos comprar el avión de los nazis?». Y él: «Pues claro, porque tú no eres idiota».

La yaya hace ver que no se entera de que lo tengo. A veces lo saco para ver si así el yayo me cuenta cosas de la guerra, pero sobre ese tema no suelta prenda. Solo dice una cosa:

—Elige al mejor de los hombres, ponle un uniforme y lo convertirás en un idiota.

—¿Lo dices por los nazis, yayo?

—No, los nazis ya eran idiotas de antes. Lo digo más bien por mí.



Tengo también un cenicero de cristal. Una noche, después de pedirle por enésima vez que me contara algo de la guerra, el yayo lo plantó sobre la mesa de mis maquetas.

—Te puedo contar esto: que nos obligaban a robar algo, lo que fuera, en las casas alemanas. Si

no te llevabas nada, quedabas como un tolai entre los camaradas. Yo me llevé este cenicero. Quédatelo. De recuerdo.

—Para no ser un idiota.

—Exacto.

Pero nada de todo eso va a impresionar al pequeño Vampir. Lo sé perfectamente.

Total, que quedamos en el jardín de la casa de Antibes el sábado por la mañana. Su madre le ha preparado unas bolsas de sangre fresca para pasar el día, crema solar y el gorrito amarillo de pescador para protegerse de la luz. Yo saludo: «Hola». Es su perro quien responde: «¿Cómo va eso, peque?». Vampir se limita a soltar la frase fatídica: «¿A qué vamos a jugar?».

Me quedo como bloqueado. No me atrevo a hacerle una lista con las cosas que se me van ocurriendo. En realidad, es una idiotez, somos amigos y, aunque le dijera: «Vamos a hacer un montón de arena y a escupirle lapos encima», a él le parecería genial. El yayo se pasea en gayumbos, gorra de marinero y gafas de carey. Como



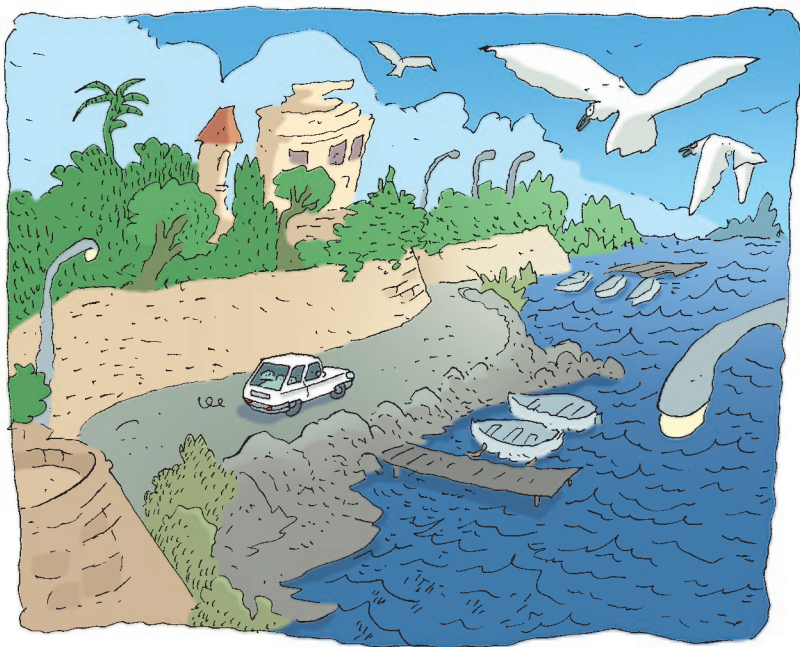
nos ve indecisos, nos propone que hagamos un puzle. Vampir y yo nos miramos y no nos atrevemos a decir nada, pero Fantomate se va de la lengua: «Los puzles son un ladrillo, abuelo».

El yayo decide montarnos en su Renault 5 blanco y nos lleva a una tienda nueva que han

abierto en Niza. «¡Hala, ya sois mayores! ¡Se acabaron los juguetes!».

—Pero, yayo, ¿ahí qué venden?

—Ajedrez, damas, naipes. Juegos de verdad.



—Lo siento, Vampir —susurro—. En menu-
do lío nos he metido. Ahora vamos a tener que
volvernos locos pensando en vez de jugar.

—No pasa nada —responde—. Este viaje en
coche está molando muchísimo.

En eso tiene razón. Se puede ver el paseo marítimo y a los valientes que han bajado a la playa aunque estamos en pleno invierno. Imaginamos hombrecitos imaginarios con los dedos sobre el cristal y los hacemos saltar cuando se acerca el más mínimo obstáculo. Nos entra la risa floja con los nombres de las heladerías: que si Coco Beach, que si Coco del Culo, que si Caca de la Cotorra. Para cuando llegamos a la tienda y el yayo aparca el Renault 5, nos estamos partiendo todos de risa.



